

ENA LUCÍA PORTELA
La sombra del caminante

bokeh *

© Ena Lucía Portela, 2016

© Fotografía de cubierta: Waldo Pérez Cino, 2016

© Bokeh, 2016

ISBN: 978-94-91515-44-6

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diablillos de cola torcida.

A media tarde, los muros del campo fabrican una sombra que se derrama sobre los tabiques de madera casi hueca por la humedad y la carcoma. Con tal de prolongar la decadencia, de hacerla todavía más indiscutible, después del hediondo embaldosado de la oficina y el armero, el suelo entre los tabiques aparece cubierto de cemento sólo hasta la línea de tiro. Más allá, lo que se extiende es un tapiz de hierbas enfermo de tiña, o sea, ralo en algunas partes y abundante en otras; una planicie que amarillea, reseca, bajo esta nube confusa de polvo y resplandor, tan cálida como si aún fuera verano. Estamos a finales de octubre y es verano, siempre verano en la zona tórrida. Uno se coloca en la línea de tiro, de frente, sin miedo a enloquecer con los brillos de la resolana, y desde allí, si no es un desgraciado miope, uno divisa las dianas a cincuenta o sesenta metros. Yo soy un desgraciado miope y es por eso que no aparezco en esta historia.

Las dianas repiten un aburrido esquema con círculos negros dentro de círculos blancos, círculos blancos dentro de círculos negros, círculos y círculos hasta el mareo, una manada de cebras redondas, números y cruces. Las dianas son ojos de cartón con la pupila ciega. Ojos muy parecidos a los que antes podían comprarse en las barracas de tiro al blanco con escopetas de perle encadenadas por la culata al mostrador. Allí donde el recién llegado de algún

otro rincón de la hispanidad, con gran asombro por lo abrumador y lo definitivo del cartel, se enteraba de que todo cubano debía saber tirar. Y tirar bien, no faltaba más. El recién llegado sonreía. Lo imagino sonriendo ante tamaño alarde —qué presuntuosos, los cubanos—, pues en su país *tirar* significaba otra cosa, lo mismo que *follar* en España o *coger* en México y en otras regiones donde *guagua* significa «niño», en modo alguno «ómnibus», y es de todo punto inadmisibile que alguien, en medio de la acera bajo la tostadora de los rayos solares y en presencia de un montón de personas sin otro tiempo que su agobiado y casi derretido presente, afirme que «la próxima guagua que pase la vamos a coger, aunque sea por detrás».

Pero esas barracas tan simpáticas ya no se ven. Su desaparición fue así: desaparecieron. Un buen día, nadie sabe cómo, se esfumaron en la batahola tropical donde todo se esfuma sin dejar ni huella. Tal vez las trasladaron a lo profundo de la maleza desaliñada y rota que circunda la capital desaliñada y rota y se va colando dentro de ella como la selva entre las ruinas de las ciudades mayas. Quizás las ubicaron en la costa, en la provincia o todavía más lejos. O quizás aún están ahí, disfrazadas, convertidas en puestos de tamales y pergas de cerveza, serpentinas, confetis, pitos, matracas, antifaces, gorros de papel y demás rocambolescos aparaticos en temporada de carnaval. Da lo mismo.

Ahora sólo queda este campo mugriento y bastante obligatorio para los muchachos que estudian en la Universidad, en nuestra gloriosa Colina, y que por ineptia para nadar, correr, saltar, capturar una pelota, empuñar un florete, desplazar un alfil u obtener del médico un papelote poblado de cuños y firmas que certifique infortunios en los vericuetos de la columna vertebral, la silla turca o el bulbo raquídeo —por ahí se habla de uno extraordinario que atestigua un Parkinson Plus con atrofia multisistémica y posible atrofia olivo-ponto-cerebelosa, algo así como un árbol parásito de las sustancias neuronales, un olivo sembrado en el cerebelo por el Buen Hacedor de cerebelos con los peores materiales, aunque no

está de más advertir que el paciente luce de lo más florido y primaveral—, o por azar o dejadez, alegría chapucera del «qué más da» o auténtico amor al tiroteo, se ejercitan con pistolas de verdad dos veces a la semana o una vez al mes o, en fin, cuando se consiguen las municiones de verdad que requieren las pistolas de verdad para realizar su propio ser, aunque sólo sea desguazando ojos de cartón, y para realizar el ser momentáneo de los muchachos, quienes necesitan aprobar de cualquier manera (aunque sea por detrás) una asignatura ilustre que se llama Educación Física, *mens sana in corpore sano*, con el fin de progresar en sus respectivas paideiai para graduarse, enmarcar y encristalar el título cual pieza de museo, colgarlo en la sala de la casa junto a la foto del añito, de los quince añitos o de la boda con un cake plástico cuya sola autenticidad consiste en ciertos horripilantes arabescos de merengue rosa, para que todos los envidiosos palurdos pelagatos pelafustanes del barrio, gentecilla de bajísima estofa, tengan noticia de la licenciatura aunque hayan pasado de moda la toga y el birrete, para llegar a ser, un día de estos, ciudadanos prósperos, felices y muy patrióticos, ejemplos concluidos y concluyentes de ese indescriptible arquetipo que se denomina el Hombre Nuevo. Uf.

Entre ellos, proyectos de ciudadanos prósperos, felices y muy patrióticos, futuros hombres nuevos por ahora igualíticos a sus congéneres de todas las épocas, se encuentra Lorenzo Lafita. Y, en su mismo espacio, también se encuentra Gabriela Mayo. No se trata de dos personas distintas, ni de una sola con doble personalidad, ni de la metamorfosis de Orlando, ni del misterio de una Trinidad donde el Padre y el Hijo se hubieran confabulado para expulsar a patadas al Espíritu Santo, ni de ninguna otra cosa que hayas visto antes. Sólo están ahí, ambos. A veces se manifiesta Lorenzo y a veces Gabriela, nunca los dos a un tiempo y ninguno sabe de la existencia del otro. Por uno de esos caprichos de la vida que nadie consigue explicarse, la distinción no procede. Y no procederá, como verás, a todo lo largo del relato. Así que no

te rompas la cabeza con las estalactitas y las estalagmitas de esta excepcional criatura dúplex, nuestro héroe, quien ahora, en este preciso momento, acaricia ensimismado las aristas de una caja de madera cerrada con llave.

Las cuenta. Vuelve a contarlas y, por supuesto, la cantidad no cambia. Como suele ocurrir con los ortoedros, las aristas son doce, los vértices ocho y las caras seis. Pero nuestro héroe no confía. El tacto se torna aprendizaje, percepción de objetos extraños y extrañamente familiares para quien está habituado al cañón largo y a la vez ligero, mucho más fácil, mucho más seguro y afirmativo día tras día en la barraca de la feria. Allí donde una vez se tomó tan en serio lo del cartel que llegó a coronarse maestro, campeón, as de ases, Búfalo Bill de la escopeta de perle cuando el primer disparo perforaba el centro exacto, casi omphalos, de la pupila y los siguientes no dejaban apenas rastro: entre aplausos y gritos de admiración iban entrando todos por el único boquete. La habilidad suprema, lo increíble: como en un torneo medieval de ballesta, trompa de plata y caballero negro, una saeta partía otra del penacho a la punta, limpiamente.

Por aquel entonces nadie se fijaba en la mueca torva del tirador. Nadie advertía la rabia reconcentrada y contenida a medias para aflorar en la profunda arruga vertical del entrecejo, en las comisuras caídas, los labios finos y mordidos, el perfil de ave rapaz. Tal vez el gesto asesino era parte de la puesta en escena, o quizás el tirador sentía particular ojeriza por las dianas, quién sabe. El asunto es que a nadie preocupaba el visaje del mismo modo en que a nadie preocupan los rostros velados –la condición velada de los rostros que embisten– del pelotón de fusilamiento en el cuadro de Goya. Y es que no había riesgo. Qué iba a haber. Es más, ni siquiera se pensaba que no había riesgo. Se daba por descontado al ver el arma sujeta al mostrador, al saber que las cadenas no las parten así como así ni los orangutanes más enfurecidos, que el perle no mata, puede alcanzar a incrustarse en lo blando o romper un cartílago o reventar

un globo ocular, pero no más. En general, el tinglado de la barraca imponía un límite, una frontera bien definida y semejante a los barrotes que en el zoo nos aíslan de las fieras feroces. Así, libre de suspicacias y recelos, el tirador ensayaba.

Ah, lejanos tiempos de gloria.

Ahora la caja es pequeña. Al sacudirla suena como si contuviera una cabeza reducida o un guante de hierro. De manera que –piensa Lorenzo– el artefacto se va a acomodar de lo mejor en mi mano hasta subir a la temperatura de lo vivo y formar parte del cuerpo. La más importante de las partes del cuerpo. La más poderosa. Más que una prótesis, la memoria latente de Mario, el de Torre di Venere, o de Mersault en una playa africana. De tantos y tantos pistoleros casuales. Ahora yo soy la ley, pensaba y pensaba también en la mano de un solo dedo, el dedo de Dios. La que permite y hasta sugiere la venganza, el atentado, el aniquilamiento. La más directa y simple expresión de desacuerdo. La *ultima ratio regum*, que en realidad no siempre tiene por qué ser la última.

No conoce del artefacto la marca ni el calibre. Ni que el calibre, según explica el manual, es el diámetro o la distancia entre dos campos opuestos y que los campos, en este caso no mugrientos, son los espacios entre las cuatro estrías del ánima y otros detalles meramente curiosos. No habrá de conocerlos nunca, ni siquiera después de incorporarlos a su propia persona por primera y única vez. Tampoco recordará las facciones a su alrededor desdibujadas por el pánico, la histeria con aullidos y manos crispadas, manos de pronto convertidas en las garras de un ruedo de siluetas rampantes. Olvidará el momento inerte donde todo resbala. Y también la nube que, confusa de polvo y resplandor, se desplaza ahora a través de un cielo empedrado, anuncio de los próximos ciclones. Porque esta atmósfera reúne un conjunto de circunstancias sin sentido, susceptible de intercambio con cualquier otro conjunto: una lluvia, un suelo fangoso, una academia militar, una barricada, una trinchera, la guerra... Un conjunto condenado a borrarse en el marasmo en

torno a lo esencial. Condenado a perecer en el murmullo, en la duda que absorbe toda la veracidad del episodio y se siembra en la tierra como semilla de futuras ficciones y mitos.

Gabriela reconoce las aristas de la caja. Vuelve a contarlas. Con cierta neurosis muy suya vuelve a comprobar que siguen siendo una docena, ni más ni menos que una docena. Piensa –por ahora todo es pensar y repensar, imponer una red, una estructura lo más coherente posible a las divagaciones que se expanden como pseudópodos en ambiente gelatinoso– en la función de los objetos extraños y extrañamente familiares, lo cual, como es de suponer, los vuelve aún más extraños. En primer lugar, el trozo de nailon opaco atravesado con una tira de elástico. Es el parche del pistolero, que desde luego no es tuerto, pero, precisamente, debe deshacerse de un ojo como quien apaga un farol para concentrar el otro sin pestañeo ni párpado vacilante en la mira. En el primer punto de una recta definida a lo lejos por un segundo punto que puede ser de cartón o de viento. Órganos de puntería.

–Borde centro inferior –indica la instructora.

Otro objeto. El que se parece a los audífonos del equipo de sonido y sirve para no escuchar. Para adentrarse en un silencio dónde sólo existen el tirador y la diana, frente a frente, como en la escena culminante del western. Para desaparecer de golpe la trompetilla acústica como una vieja extenuada por las habladurías y ronquidos del mundo. Para que no haya conciertos de ondas en el tímpano ni se revienten las trompas de Eustaquio con las detonaciones y rebufos que uno mismo provoca. Es decir, que funciona a modo de amputación protectora. ¿Cómo lo llaman? No sé. También se lo ponen los técnicos de audio y los picapedreros que manejan el martillo neumático. Ese objeto, sin embargo, apenas se usa. Quizás porque resulta demasiado civilizado o porque es mejor estar al tanto de lo que ocurre, atender a las voces de mando.

Por último, la llave de la caja. Como la amante ideal, sólo vista en el teatro hacia lo lejos, en un palco ajeno. Pero más que soñada. Sí,

porque la llave es la clave. Sobre todo ésta, que mantiene separados durante la mayor parte del tiempo los dos elementos fundamentales de la realización, el artefacto y el tirador, con tal de evitar un accidente... ¿Accidente? Pues sí. En el campo mugriento no se razona en términos de «asesinato» y mucho menos de «masacre». Aquí, el tiroteo es un deporte. En virtud de alguna fórmula civil, de pacto racional entre seres racionales, no se concibe a un estudiante universitario, a un proyecto de ciudadano próspero, feliz y muy patriótico, a un futuro hombre nuevo, capaz de transformarse de repente en un loco arrebatado. Una cuestión de *bona fide*, muy simple si se viene a ver, que podría plantearse más o menos de la siguiente manera:

«Si usted es cuerdo —y nosotros le creemos porque usted así lo afirma—, usted sabe que asesinar al prójimo es de mala educación. Sabe que es un acto vulgar, prosaico, grosero y cavernícola. Si por alguna falla en su cordura usted ignorase lo anterior, al menos debe saber qué les espera a los que asesinan sin pedir permiso a las autoridades competentes. Debe saber cómo acaban sus días los que asesinan así, al descaro, al garete, por la libre. En nuestro país se aplica la pena de muerte y a mucha honra. Expulse, pues, de su mente esos sentimientos y deseos incorrectos como diablillos de cola torcida. Repudie ese incitante cosquilleo que le recorre todo el cuerpo y lo acaricia por dentro. Aplaste esas mariposas dañinas que lo asaltan de vez en cuando y no lo dejan dormir. En una palabra: reprímase».

Muy lindo eso de respetar el contrato social, eso de comportarse como si uno fuera una persona pacífica y decente. Muy lindo, cómo no. Precioso. Aunque el dedo de Dios está por encima de los contratos y —piensa nuestro héroe de pie frente a la caja, palpando aristas—, si bien se mira, cada realización es en sí misma un accidente y cómo distinguir lo que debió ser de lo que...

Cuando la instructora tropieza con ella y con sus diablillos, cosquilleos y mariposas, Gabriela siente el empujón y un gruñido:

—Sal del medio, blanquita. ¡Brrrr!

La muchacha se aparta con mucha calma, toda la que se precisa en la barraca de la feria cuando la multitud corea y se cruzan las apuestas, y aún más en el campo mugriento, justo antes de apretar el gatillo. La chispa, una diminuta ráfaga contra lo reseco del tapiz de hierbas, muros, tabiques, alambradas, una espalda que se aleja de lo más campante y enfundada en un mono deportivo, azul, dura menos de un segundo. Una escueta fracción. Se acaba de encender la mecha y algo va a explotar. Pero nadie lo advierte porque nadie mira. Si acaso, alguien se encoge de hombros o suelta una risita. Sucede: uno cree que lo vigilan y se asusta. Intenta adivinar. ¿Por qué miran? ¿Qué estarán pensando? ¿Qué irán a comentar luego por ahí, por los lugares? Pero en realidad no es así. Ni vigilan ni piensan ni comentan. Para ellos, uno es insignificante, indigno de ser tomado en cuenta.

Más tarde, a la hora del motivo —porque siempre hay un motivo, más o menos difícil de rastrear, pero imprescindible para no perder la compostura ni el sueño—, a la hora de la partícula razonable inmersa en un cosmos donde rigen otras leyes que nada tienen que ver con la lógica, todos, casi todos, seis o siete muchachos y el hombre del armero, durante un vertiginoso lapso incluido en el momento inerte donde todo resbala, supondrán que la instructora y Lorenzo se conocían de antes, lo cual no es cierto. Para evitar cualquier error en tal sentido, hay que advertir que la instructora es nueva en el campo mugriento y que Gabriela también es nueva en la más elegante Facultad de nuestra gloriosa Colina, la del jardín interior, arbóreo y muy frondoso entre las columnas de orden jonio, el techo a dos aguas, la calle breve y el Patio de los Laureles, la de paredes pardo claro y neoclásico donde se estudia Matemática. Viven separadas por muchos kilómetros de ciudad, los más densos en población e infamia entre los kilómetros, y hasta por el túnel de la bahía. Lorenzo no llega a los veinte, edad manifiesta en el tono febril de sus ideas, en el tremendismo, la grandilocuencia y el

afán de insurrección. La instructora, ex campeona retirada, gente de copas y medallas, cachivaches dorados hasta inundar varios anaqueles, pasa de los cuarenta.

Le ha dicho «sal del medio» porque el muchacho, en efecto, ha estado medio bobo plantado en el mismísimo y no debe ser. Como las fieras feroces en el zoo, aquí cada cual debe mantenerse en su territorio. Todo sea en nombre del orden, de la disciplina jamás inútil donde resulta bien posible la irrupción del fallido escandaloso. Del accidente. La ha llamado «blanquita», eso sí, con voz grave y perentoria. Pero, ¿qué hay con un adjetivo (un adjetivito gracioso y pequeñito) que califica, con gramaticalidad impecable y cabal sentido, lo mismo a la masa del coco, a la trenza de la abuela, a la diana pese a los círculos negros, al azúcar refino, a la mota de algodón, a la poodle gemela monocigótica de la susodicha mota, a la cáscara del huevo, a la vicaria, a la ovejita de Mary, a la montaña de cloruro de sodio, a la tradición benévola y evangelizadora de la conquista del Nuevo Mundo, a la foca bebé sobre la nieve recién caída y otras tantas clases de escarcha cada una con su nombre en lengua esquimal, a esta página antes de mí, a la estrella solitaria de la bandera que... etcétera?

A lo mejor el quid del asunto, el motivo, radica en la etcétera. Inefable particuleja que con gran naturalidad suele colocarse al final de las listas incompletas y que en repetidas ocasiones (no muchas, pongamos un billón) deviene panacea. La cura de todos los males. La solución de todos los problemas. Elíxir fabuloso donde cabe la eternidad, el universo con todas sus culpas y el alud de recuerdos, la avalancha de asociaciones libres y no tan libres, fichas de dominó puestas en hilera que una tras otra van cayendo sobre la mesa, trac trac trac... hasta rozar las cicatrices de antiguas heridas y quemaduras, desgarramientos aún dolorosos cuando el frío y el cielo empedrado. Imágenes que se suscitan unas a otras hasta clavar púas, astillas, agujijones en la carne tumefacta y acceder al reencuentro con las marcas, con las historias primitivas que nos han

señalado para siempre. ¿Acaso hubo alguien, antes, que también la llamara «blanquita»?

Pero el muchacho permanece en silencio.

Pequeñajo y gordinflón como una piececilla de Botero, modelada a propósito para estirar con la barriga cual pera o calabaza portentosa un pulóver donde puede leerse que SOMOS LO MÁXIMO (seguro, puesto que sabemos tirar y tirar bien –piensa Lorenzo), el hombre del armero va abriendo con la misma llave, con la misma clave, cada una de las cajas al tiempo que anota algo con un mocho de bodeguero en una libreta grasienta.

–A ver lo que hacen hoy –murmura de medio lado con un timbre meliflúo bien chirriante, como haciéndose el Humphrey Bogart con mucho catarro, mientras se guarda el objeto más que soñado en lo recóndito de un bolsillo.

Irradia incomodidad y ante él los muchachos tienen la miserable impresión de ser bastante superfluos. Meras pulgas, microbios, moléculas. Sin duda este gordo asqueroso prefiere las mañanas y las tardes en que faltan municiones, paquetes de cien balas calibre veintidós, tiro efectivo a cien metros (él sí sabe, sabe muchísimo porque las administra como un escudero moderno, un perro de tres cabezas, estampa de nibelungo), para ahorrarse el triste espectáculo que acostumbran ofrecer las sucesivas oleadas de torpes, verracos, ineptos embriones de matemáticos, físicos, biólogos, proyectos de ciudadanos prósperos, felices y muy patrióticos, futuros hombres nuevos y por el momento etéreos fastidiosos irresponsables juvenitos sin problemas en la vida... *ni siquiera hacen el servicio militar, qué descaro...* al formar el desbarajuste, el embrollo, el revoltillo, el caos en este campo que sin ellos no sería tan mugriento y todo eso, desde luego, sin acertar una diana ni por casualidad.

Lo mismo de todos los años –suspira el panza–, lo mismítico. Rastrillar. Apuntar hacia arriba como quien prepara un tiro de arrancada. Disparar a la nube confusa de polvo y resplandor, a los espectros voladores del espacio o del falso techo de la oficina,

imaginarios globos inflados con helio, para vaciar alguna recámara que la maligna desidia hubiese rellenado a destiempo. *Sí, no vaya a caer en desgracia alguno de los verracos y que después vengan a echarme la culpa a mí... Claro, ¿a quién más se la iban a echar...? Está visto y comprobado que la culpa nunca puede caer en el suelo...* Entregarles las armas con otro suspiro, de uno en fondo. Resoplar. Exigir tranquilidad. Afirmar con mucha convicción y su muy aguda voccecita que *tranquilidad* viene de *tranca* y *tranca* viene de *trancazo*, o sea, que él sí que le suena un trancazo a todo aquel que no se esté tranquilo, porque él sí que no está pintado en la pared por gusto, no señor. Escupir en el piso y mirarlos con tremenda mala cara mientras ellos no le hacen a lo máximo el caso más mínimo. Al final de todos estos manejos y otras fantochadas por el estilo, el panorama luce más o menos en orden: seis balas por cargador, cada parche en su sitio, los ojos de cartón enfrente y los verracos detrás de la línea de tiro. Pronto comenzará la función.

La instructora los va revisando uno por uno como la gallina a sus gallinitos.

—Párate bien, chico. Tú también. Y tú, enderézate, que pareces una etcétera. ¿Todos jorobados? ¿Será posible?

Aún no conoce los apellidos. Lafita o Mayo, qué más da, si todos son iguales, unos encorvados tan incorregibles como el de Notre Dame. *Mira que venir a dar clases aquí, a esta partida de socoñames... Cómo se nota que no les interesa, que vienen porque no les queda más remedio...* Lo que ella ignora es que nunca llegará a conocerlos. Que hasta su propio apellido dejará de tener importancia. Nadie como la instructora (quizás el gordinfla) para acomodarse a la indefinición, al desfile de roles secundarios.

—¿Qué bolá con ustedes? ¿Cuántas veces tendré que repetir lo mismo y lo mismo? Por eso es que apuntan p'al Morro y le dan a La Cabaña... ¡Hay que concentrarse en el enemigo!

El enemigo, monigote inerme y blanco fijo, es un ojo de cartón infeliz, una cebra redonda con cuatro círculos más pequeños alre-

dedor. Ojuelos de avispa allá, en lontananza. Pero a falta de otro con más arrestos, con la roja insignia del coraje, apto para subvertir y defenderse, hay que odiarlo. Mejor, hay que temerle para odiarlo más. Temer la muerte y odiar a muerte. Hay que recordar que las avispas pican, que clavan su aguijón en la carne tumefacta. Hay que olfatear el peligro con las naricitas universitarias y acabar con él. Convertirlo en natilla de papilla de puré de talco.

Siguiendo las instrucciones del manual, porque aquí lo del tiro-teo es una moña científica y de lo más epistemológica, se separan las piernas de modo que el peso del cuerpo recaiga sobre la mitad privilegiada, siniestra la de Lorenzo. Siniestro el dedo de Dios que brota como una flor de pasmo en la mano del diablo, en la mano del artefacto y de la escritura. Se contiene la respiración, se oye el vuelo de una mosca. La mano derecha de nuestro héroe sostiene el brazo izquierdo para reducir al mínimo el temblor. Para evitar el desvío del borde centro inferior que se corresponde, allá en lontananza, con el centro exacto, casi omphalos, de la pupila. Para apuntarle al Morro y darle, como quien no quiere la cosa, al Morro.

No se escucha la voz de fuego. No es necesario que todos disparen a la vez, pues en modo alguno se trata de una ceremonia solemne en honor a los mártires del tren dinamitado o del barco hundido, ni tampoco de una ejecución como en el cuadro de Goya. Los improvisados tiradores se realizan cada cual a su tiempo, a su propio aire, según se van sintiendo listos para no fallar. Al menos eso es lo que ellos creen. O al menos eso quieren creer, no olvidemos que estos muchachos constituyen, entre otras cosas, una partida de socioñames. Y como tales se realizan, tiro a tiro, sin ráfagas, en imitación de las notas de un coro dodecafónico integrado por gatos y chicharras. Es el desbarajuste, el embrollo, el revoltillo. El tableteo anémico de un clave mal temperado. La discontinuidad de la batalla contra el enemigo cartón y el tiempo de crecer, de escapar. Desastrosas realizaciones. El hombre del armero mueve

la cabeza y vuelve a suspirar antes de retirarse del escenario. Ya lo decía él. Verracos.

Transcurren cinco minutos. Tal vez once, o dieciocho. Cualquier cantidad de ellos y es la impaciencia decorada con cifras.

—¡Todo el mundo quieto! —ordena la instructora y su voz no tropieza con el que-sirve-para-no-escuchar—. ¡Todo el mundo quieto!

A grandes zancadas, quizás un tanto varoniles, atraviesa el campo. Va a revisar las dianas y va ella misma, en vez de enviar a los verracos, para impedir que hagan trampa. ¡Tienen unas caras de tramposos...! Lo que ella ignora es que existen muchas clases de trampas. A cada rato vuelve la cabeza en dirección a la partida de socoñames y alza una mano en señal de bandera blanca como quien dice «soy yo, soy yo», no fueran a confundirla con el enemigo. ¡Ah! Ingenua coraza de civilización y *bona fide*. Porque, después de todo, ¿quién es ella?

—¡Todo el mundo quieto!

Si yo fuera ella, no haría eso. De ninguna manera yo haría eso. Hay que ser muy, pero que muy comemierda para pasarse como un posible trofeo de caza frente a las armas de seis o siete individuos cuyas historias no se conocen... Qué confianzuda... Qué fresca... En el cargador de Gabriela hay todavía cinco balas.

Los seis o siete individuos se mantienen quietos, serenos como la mar en calma. Algunos cuchichean con los artefactos ya descargados encima de un banco. Han salido por fin de algo que no les gusta, que los aburre mortalmente. No parecen cazadores.

La instructora llega al fondo, muy cerca de los muros que fabrican la sombra. Camina de un lado a otro, se pasea como un posible trofeo y encuentra sólo una diana perfecta. Mucho más, sin embargo, de lo que cabía esperar. Algo inaudito, impresionante. Mejor, imposible. Un solo agujero, justo ahí, en el centro exacto. ¿A dónde han ido a parar los otros disparos? A la tierra o al aire, a cualquier sitio. Qué importan cinco fracasos frente a semejante éxito. De nuevo la instructora se vuelve, ahora para ver, entre los

iguales, la cara del tirador sorpresa a través de la nube con los brillos de la resolana en contra. Es entonces cuando se produce el segundo disparo. Le silba en el oído y sigue de largo. En medio de un silencio de muerte, se oye bien clara la exclamación de Lorenzo:

—¡Mierda!

¿Por qué la instructora no se deja caer al suelo? ¿No es ese, no debe ser ese el primer impulso, el de ofrecer la menor superficie a lo que ataca? ¿Qué recomienda el manual en estos casos?

—Me cago en... —es lo que masculla antes de gritar—: ¡Todo el mundo quieto!

Entonces se produce el tercer disparo.

Fascinados como por serpientes, inmóviles, todos contemplan la mancha oscura en el azul del hombro. Una mano indecisa, otra firme. Un olor entre pólvora y acre, reverberaciones. Ahogo. Náusea. Los brillos de la resolana. Alguien grita. Otro alguien arroja a la hierba su arma vacía. ¿Quién es esta persona que no cuchichea, que aún no ha salido de algo que ya puede ser cualquier cosa menos aburrido? Esta persona de aspecto frágil, tan serena como la mar revuelta... Extrañado, reaparece el pequeñajo del armero. *¿Y ahora qué coño pasa? ¿Quién cojones metió la pata? Y la culpa no puede caer en el suelo... No, si cuando yo lo digo... ¡Qué salación...! Estos verracos...*

La mirada incrédula de la instructora se desplaza de la palma viscosa, roja, a la figura todavía en posición, apuntando. *¿Pero qué es esto...?* ¿Se puede aún hablar de «accidente»? En cierto sentido, sí. Un caso de pérdida momentánea de la razón, un impulso incontrolable... *Este sol hijoeputa, que le derrite los sesos a la gente...* En vez de buscar explicaciones, ¿por qué no se deja caer ya, ahora que hay apenas un rasguño? Todos deben dejarse caer ante el dedo de Dios y permitir al gordo voz de pito del armero que avise a alguien, a las autoridades competentes, desde el teléfono de la oficina. Pero no. Qué va. El dedo de Dios se muestra, según dicen, tan pocas veces, que hay que vivirlo a plenitud para uno sentir

que *realmente* ha sucedido algo. En nuestra época una historia sin violencia no es ya una historia. Es, en el mejor de los casos, una historia de segunda. Alguien, además, prisionero de un heroísmo fuera de lugar o contagiado a lo mejor por la locura y el ímpetu del tirador sorpresa, supone que debe hacer lo posible por «controlar la situación», lo inusitado, lo nunca visto.

La instructora avanza despacio. Muy despacio, como fingiendo no avanzar. Se dirige a la línea de tiro... *Si yo fuera ella, no haría eso. De ninguna manera yo haría eso. Hay que ser muy, pero que muy comemierda para dejarse acabazar así...* La instructora avanza apretando el hombro con la palma viscosa. Fija la mirada, ya no incrédula, en el ojo abierto del pistolero. Avanza porque los accidentes no suelen repetirse en un intervalo tan breve, porque ya ha pasado lo peor. Lo que ella ignora es que siempre puede haber algo peor que lo peor y que a pesar de los sesos derretidos, ahora mismo nuestro héroe se siente muy feliz, pues acaba de inventar una palabra nueva: *acabazar*, la cual significa, justamente, «acabazar».

—Tranquilo —ordena la instructora—. No te asustes, que no pasó nada. Tranquilo, no hay problema —como quien camina por una cuerda floja, sobre el filo de la navaja, no se detiene en su desesperado y desesperante conato de hipnosis—, tranquilo. No pasa nada. Ahora baja el arma. No me apuntes, bájala.

¡Pero qué gran embuste! ¡Qué descaró! ¡Qué cinismo! Hasta el más idiota puede advertir que sí ha pasado algo. Y muy grave, además. El tirador sorpresa se ha metido en un lío espantoso, en un rollo de incalculables consecuencias. Sabe que su poder como encarnación del logos divino es más que efímero y que nunca más se le ofrecerá una oportunidad como ésta. Por otra parte, ¿quién en verdad tiene motivos para asustarse? A medida que la diana se acerca diciendo mentiras, a nuestro héroe le tiembla el brazo izquierdo pese al apoyo de la mano derecha. Le tiembla atrocemente, como poseído por un Parkinson Plus con atrofia multisistémica y posible atrofia olivoponto-cerebelosa, es decir, como poseído por el diablo. ¿Perderá

el control del arma? Los nervios, los gastados nervios, le juegan una mala pasada. Se enfurece consigo mismo, con su horrenda timidez. ¿Acaso piensan que pueden engañarlo así tan fácil, para luego atraparlo y meterlo en una jaula, sólo porque actúa de un modo diferente, sólo porque *es* diferente? ¿Acaso pretenden hacerle creer que los demás son buenas personas, unos angelitos bajados del cielo que lo quieren y quieren protegerlo y se preocupan por su destino? ¿Acaso le han visto cara de imbécil? *Alguien ha dicho que todos somos malvados, gentuza de la peor calaña, pero que algunos se empeñan en no reconocerlo...*

El gordinflas, que muy pagado de sí mismo y de su gran valor ha estado sigiloso tratando de aproximarse, no a la oficina y al teléfono, como debe, sino al vórtice del conflicto para sorprender (aunque sea por detrás) al delincuente, al verraco, arrebatarse el arma y luego derribarlo de un culatazo, da un paso en falso y un crujido se desliza entre las palabras de la instructora –tranquila, cálmate, no ha pasado nada, tranquila, no tengas miedo–, también sin tropiezos, oh fatalidad, con el que-sirve-para-no-escuchar. La persona temblorosa *parece* frágil, pero cuidado. Lorenzo gira veloz y entonces se produce, sin advertencia, casi a quemarropa, el cuarto disparo. Con él, la frase grotesca de Gato Jazz:

–¡Panzón, te acabas de suicidar!

El gordo, bocabajo a partes iguales entre el tapiz de hierba y el cemento, ha hecho pof como un bombillo que se funde, como un sapo toro que revienta por su malhadada pretensión de aventajar al buey. Ha sido muy simple: antes se movía y ahora ya no se mueve. No es que luzca muy bien bocabajo, no. Lo cierto es que luce horrible, pero así les ahorra a todos su triste espectáculo unipersonal. A saber: un hueco de bordes chamuscados en la frente, por donde fluye un chorro mezcla de sangre y materia cerebral, y un pulóver que, deformado por la boterística barriga, desde la muerte insiste en delirios de grandeza.

Ahora sí. Accidente ni coño. Gritos, más gritos y más... ¡Auxiliooooo...! ¡Socorrooooo...! ¡Una vieja sin gorrooooo...! Aullidos... ¡A correr, liberales del Pericooooo...! Alaridos... ¡Paticas pa' qué te quieroooo...! Mugidos... ¡Huye pan, que te coge el dienteeee...! La desbandada, el despelote, la turbamulta, el correcorre, el acabóse, el hálame la colcha, huéleme la alpargata y dale al que no te dio. Objetos nada extraños por doquier y las armas justo ahora inofensivas, si bien a ninguno de los proyectos de ciudadanos prósperos, felices y muy patrióticos, se le hubiera ocurrido ¡por nada del mundo! enredarse a tiros con este paranoico energúmeno demente sanguinario. Unos por fin al suelo, otros petrificados, alguien procura ganar la salida y es el desbarajuste, el embrollo, el revoltillo en todo su esplendor. Quién hubiera creído que seis o siete futuros hombres nuevos fueran capaces de formar semejante pachanga.

Entretanto, la instructora aprovecha la confusión para avanzar mucho más rápido por el lado del nailon opaco, por el lado opaco y ciego del tirador sorpresa. Con un gesto de máquina, Gabriela vuelve a girar. El brazo izquierdo, tan recto y seguro como si fuera de metal, ya adaptado y parte de un engranaje, no necesita más el soporte de la mano derecha. Se produce el quinto disparo. Varios metros y los brillos de la resolana separan a nuestro héroe del cuerpo desplomado. Se arranca el parche. Camina. Ya no cuentan la puntería, los dos puntos que determinan una recta, el borde centro inferior, el desvío, el manual, la filosofía del accidente ni todo lo que él no hubiese hecho en el lugar de la instructora. Nada. Ya no cuenta nada. Se inclina dulcemente sobre el cuerpo enfundado en un mono deportivo, azul, y el último disparo le sirve para rematar.